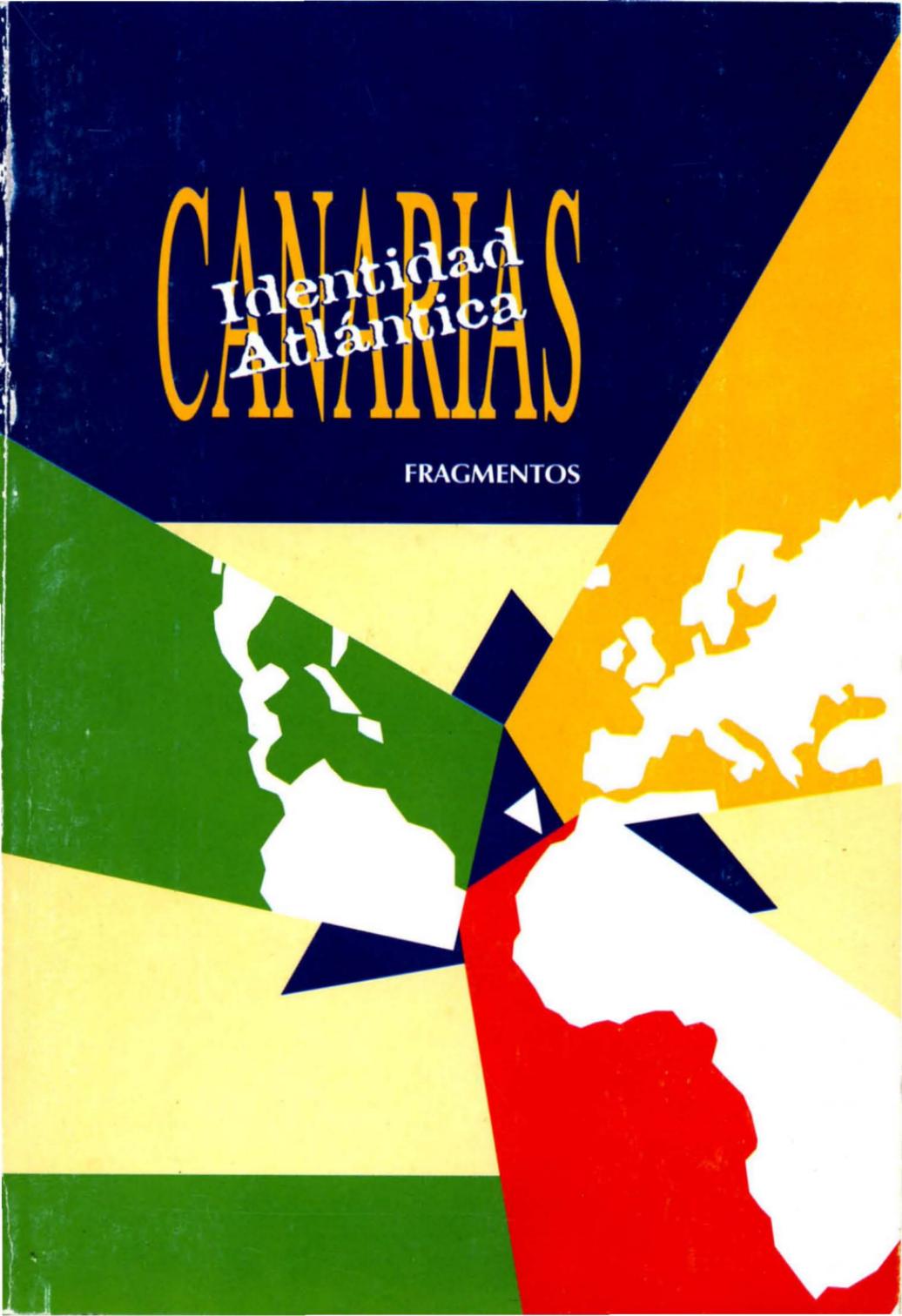


CANARIAS

Identidad
Atlántica

FRAGMENTOS



Canarias Identidad Atlántica

Guiones:	José A. Alemán
Edición y Realización:	IMACO 89, S.L. ©
Portada:	M ^a Rosa Ponce
Impresión:	Diart, S.L.
Depósito Legal:	G.C.-1150-1996
ISBN Obra Completa:	84-922121-0-1
ISBN Volumen II:	84-922121-2-8

CANARIAS

Identificación
Atlántica

El Tocho

El método de trabajo para la redacción de guiones arranca, al menos en los que realiza IMACO, con páginas y páginas en bruto aunque prefiguradas de acuerdo con el que habrá de ser el texto definitivo. Después, tras discutirlo con el realizador en términos de imágenes y duración de secuencias, se perfila poco a poco en sucesivas redacciones hasta llegar al guión literario definitivo sobre el que se elabora el guión técnico. Son meses de trabajo a la búsqueda de una precisión de lenguaje para lograr las palabras justas y la mayor eficacia expresiva posible.

Las páginas que siguen recogen parte de aquel monstruo o tocho que cayó, en su momento, de los guiones de **Canarias, identidad atlántica** y que consideramos puede interesar a quienes vean la serie como información complementaria, en ocasiones sugestiva. Los fragmentos seleccionados aparecen epigrafiados y ordenados según los capítulos a que pertenecen.

Capítulo 1

Del mar de Canarias y de África.



Insulae blaue earu
marucobu

linee qd mari
lafere ventura

mod b
ue em
x
x
nu

om
cama
apt rlon
sum sim
insulam
R
araz

Donde está la Atlántida

La evidencia científica no puede privar a Canarias de su legítimo origen mítico y poético, espiritual en suma, como resto que somos de la fabulosa Atlántida. Al fin y al cabo, algo de Atlántida tiene el archipiélago: conocido en la Antigüedad, desapareció después y perdido estuvo hasta que a principios del siglo XIV lo reencontrara el genovés Lancelotto Malocello y Angelino Dulcert se apresurara a dibujarlo en su portulano con el estandarte de la república de Génova hincado en Lanzarote, que de Lancelotto tomó nombre. Debióse, seguramente, aquel prolongado extravío a pueblos navegantes que, como los fenicios y cartagineses, ocultaban y protegían la exclusividad de sus rutas difundiendo falsas noticias de espantosos riesgos y de horribles monstruos, de abismos insondables y de acontecimientos sobrenaturales que disuadieran a posibles competidores. Luego vino la larga Edad Media poco proclive a desentrañar las patrañas del lejano Océano Atlántico, el Mare Tenebrosum: tras la cortina echada quedaron las islas.

Guajara y Ucanca

A diferencia de la Atlántida, pues, las Canarias sí fueron reencontradas y en ellas continuó la memoria del continente hundido en las **consejas** que, a caballo de los siglos XIX y XX, recogiera Juan Bethencourt Alfonso de la tradición oral de su isla de Tenerife.

A través de estas **consejas** estableció Bethencourt Alfonso que los indígenas de Tenerife –los guanches genuinos– conservaron reminiscencias del hundimiento de la Atlántida. Según unos, se hundió de repente; según otros, hubo sucesivos cataclismos parciales a lo largo del tiempo que dejaron a las islas como hoy las conocemos. Menos Tenerife y Gran Canaria que siguieron unidas –quién lo diría– por un arrecife entre Anaga y La Isleta, que acabaría hundiéndose también.

Este arrecife es, precisamente, el soporte físico de una de las **consejas** reunidas por Bethencourt ya que a través suya llegó a Gran Canaria, de Anaga a Las Canteras –¿o quizá fuera por Agaete?–, noticia de la hermosura de la princesa Guajara; y por las mismas peñas se encaminó a Tenerife el grancanario Tauco, a comprobar si era cierta tanta belleza. Tauco se prendó de Guajara, la pretendió por esposa y ella lo rechazó: estaba enamorada del tagorero Ucanca.

Tauco, despechado, dio en acecharla hasta que la sorprendió en los retamales de Afonche y allí mismo la forzó y traspuso por donde vino de vuelta a Gran Canaria. Cuando Ucanca supo lo ocurrido, se encolerizó y salió bramando tras el ofensor y lo siguió por el arrecife, unos trechos sobre una balsa de zurrónes inflados y otros andando.

Cumplida la venganza, regresó Ucanca a Tenerife y se rebeló contra el rey Archinife, favorecedor de las pretensiones de Tauco, tomó el gobierno de la isla, desposó a su enamorada y con ella fundó la dinastía guanche de los Guajara. Cierta descendiente de Ucanca

y Guajara, el orgulloso Binicherque, pondría los ojos en un bella grancanaria a la que iba a cortejar, parte del camino andando por las rocas del arrecife y parte sobre zurrones.

Los científicos dirán que la historia de Guajara, Ucanca y Tauco es falsa. Bien sabemos que detrás de los mitos y de las leyendas suele haber siempre algo cierto, pero para la Ciencia no existe lo que no pueda demostrarse: como no puede demostrarse que existiera el arrecife de unión, no deja lugar siquiera al capricho del volcán que bien pudo construirlo aunque tan endeble que, una vez cumplida su función para el amor y la lujuria, se fue con la Atlántida sin dejar tampoco rastro.

La leyenda no desmaya

Sin embargo, la leyenda no desmaya y las **correntadas**, las poderosas corrientes marinas entre islas, dieron pie a nuevas consejas. La correntada que va y viene desde la Punta de San Cristóbal, cerca de San Sebastián de La Gomera, a la Aguja de Teno, Baja de Santiago y Playa de Troya, en Tenerife, le salvó la vida a la joven guanche Guilda. A Guilda se le murió repentinamente el novio en vísperas de la boda y tenía un recogimiento: estaba embarazada y los guanches no perdonaban semejantes deslices. La despeñarían al mar sin remedio y Guilda no quería morir, así que confiése a un viejo pescador que le dispuso la balsa de zurrones en la que embarcó una noche de tiempo favorable

rumbo a la vecina La Gomera. Creían los guanches que La Gomera estaba deshabitada desde la catástrofe —el hundimiento de la Atlántida— porque nunca advirtieron fuego allí y Guilda quedó con su cómplice en que encendería una gran hoguera para indicarle que había llegado bien.

Esta conseja se corresponde a la tradición gomera de la joven tinerfeña que llevó el fuego a la isla, a la que arribó, flotando sobre zurrones, por la significativamente llamada Playa de la Guancha. Y como no hay una sin dos, Marín y Cubas afirma que en El Hierro los bimbachos hablaban de una mujer gomera que llegó nadando sobre dos ofres repletos de aire y les enseñó a hacer fuego con dos palos secos. Marín habla también de viajes aborígenes históricos entre Lanzarote y Fuerteventura sobre balsas de zurrones.

Las balsas de zurrones

Las consejas recogidas por Bethencourt ilustran el convencimiento en lo que fuera reino de Adeje de los contactos prehistóricos entre islas, especialmente entre Tenerife y La Gomera. Es más: todavía en el siglo pasado los viejos detallaban el modo de construir las balsas: “Desollaban los machos cabríos de mayor tamaño extrayéndoles enteras las pieles a las que, después de adobadas les daban consistencia y hacían impermeables mediante un bálsamo preparado con resina blanca de pino, sangre de drago, y otras materias ya ignoradas, concluyendo por inflarlos de aire y atarles

sólidamente las bocas con cordeles de fibras de malva o de hojas de drago, y según otros de palmera, a la manera de 8 de guarismo entrelanzadas con otras en sentido opuesto. En algunos puntos enlazaban a dicho entrelazado argollones o abrazaderas para agarrarse y en lo que pudiera llamarse proa o popa aseguraban dos zurrones abiertos por encima a lo largo, provisto de correitas para atarlas, que hacían oficio de bodegas para guardar provisiones”.

La rebelión gomera

En estas balsas podían aventurarse dos personas con pequeñas paletas, más que para remar, para enmendar el rumbo. Dos fueron, precisamente, los gomeros que huyeron en una balsa del castigo por el asesinato de Hernán Peraza, señor de La Gomera, en 1488. El despotismo de Peraza le granjeó el odio de los aborígenes que urdieron en la Baja del Secreto (Vallegranrrey) una conspiración encabezada por el anciano Hupalupu y Hautacuperche. Se valieron los conjurados de los devaneos amorosos de Peraza con la indígena Iballa para atraerlo a la cueva de Guahedún, donde le dieron muerte y encendieron la rebelión de la isla. La viuda de Peraza, doña Beatriz de Bobadilla, tuvo que refugiarse en la Torre del Conde de los enfurecidos gomeros y desde allí pidió auxilio a Pedro de Vera, que estaba en Gran Canaria.

Era doña Beatriz mujer de alcances. Su matrimonio lo indujo Isabel la Católica para alejarla de la Corte,

celosa de la predilección con que la distinguía su no menos católico esposo, Fernando. Es la misma Bobadilla que le sorbió el seso a Cristóbal Colón, que por ella recaló en La Gomera en su primer viaje. Pero ocurrió que Beatriz estaba en Gran Canaria y a Gran Canaria fue Colón en pos, so pretexto de lo que tardaba Alonso Pinzón en reparar el timón de La Pinta.

Como primera medida, Vera incautó todos los navíos de La Gomera para que nadie pudiera escaparse. Después, convenció con falsas promesas a los rebeldes, refugiados en las escabrosidades del Garajonay, para que bajaran al llano. Les prometió el perdón pero los detuvo y si a unos ajustició en la Cruz de la Horca, sobre el risco de La Hila, a otros los llevó esclavizados a Gran Canaria. Pero escaparon dos sublevados que alcanzaron Tenerife a bordo de una balsa de zurrones.

Esta conseja la transmitieron de padres a hijos, durante siglos, una familia Alvarez, de Chío, que se proclamaba descendiente de uno de los gomeros. Cierta cueva de la costa de Chío, el Guía, se llamó en tiempos “de los gomeros alzados” porque en ella sorprendieron los guanches a los dos fugitivos despachándose un cabrito.

Los barcos, según Torriani

A pesar de las consejas, la Ciencia asegura que los aborígenes no conocieron la navegación porque no hay pruebas arqueológicas y nada dicen los cronistas de embarcaciones prehispánicas. Salvo el ingeniero de

fortificaciones italiano, Leonardo Torriani, quien aseguró que los grancanarios hacían barcos con troncos enterizos de drago que vaciaban y a los que ponían velas de palma.

Aunque quizá sea excesivo considerar navegación los desplazamientos en balsas de zurrones, parece poco probable que a ningún aborígen se le ocurriera acercarse a ver lo que guardaban las islas vecinas que veían allí, cerquita, mientras pastoreaban. El pánico atroz que, dicen, le tenían al mar no casa con que fueran excelentes nadadores y utilizaran los productos marinos para completar una dieta derivada de sus ganados, del grano de la primitiva agricultura y de la recolección de frutas del bosque.

Navegantes y constructores

Marineros expertos

Pocos años después de concluída la conquista ya tenían los canarios fama de marineros diestros a los que no arredraba acudir a las costas africanas a pescar en el que se llamó, hasta hace poco más de veinte años, “banco canario-sahariano”. Sabino Berthelot elogió el instinto que los guiaba y les hacía adivinar todos los cambios de la navegación. La observación acumulada de generaciones les permitía orientarse en el mar. Jamás se perdían. Sus conocimientos astronómicos eran escasos, pero precisos. Conocían la importancia de la Estrella Polar y se valían del sol para calcular las horas

diurnas y de algunos planetas y determinadas estrellas para las nocturnas. Los pilotos medían a ojo el camino recorrido y calculaban la velocidad de la nave considerando en conjunto la interacción de factores como el viento sobre el aparejo, el estado de la mar, las corrientes, la progresión de las mareas sobre la costa, la estiba de la carga, si el barco estaba o no encebado.

Práctica náutica desde la infancia y una notable osadía fueron lo que les llevó ya en el siglo XV a la costa de África y poco después a América.

Ruiz de Padrón

La navegación a América la favorecían los vientos y las corrientes. El gran riesgo es que la hacían sobre cualquier cosa. Las tormentas son peligrosas y nada digamos si, encima, iban en embarcaciones frágiles. Incluso con barcos adecuados había sorpresas. Como la del fraile franciscano gomero Antonio José Ruiz de Padrón que, en julio de 1784, se embarcó para Cuba y un naufragio lo lanzó sobre las costas de los Estados Unidos para recalar, por último, en Filadelfia. Eran los años de la construcción del país bajo el ideal de la libertad frente a las viejas tiranías europeas y nuestro fraile se encontró concurriendo a la tertulia de Benjamín Franklin, nada menos. A ella acudían numerosos clérigos de las distintas confesiones protestantes que le dieron lo suyo a cuenta de la Inquisición, que consideraban muestra de la barbarie católica. Ruiz de Padrón, para salvar la santidad de su religión, les explicó que la

Inquisición era invención humana hija de los intereses de la Curia romana y de la política de los reyes y que nada tenía que ver el infame tribunal con los Evangelios que constituían, al fin, el referente del oficio común de pastorear almas.

Fue la misma tesis que defendería después en casa de George Washington, quien le alentó a exponerla en público y, ni corto ni perezoso, se subió nuestro fraile al púlpito de la iglesia de Filadelfia a pronunciar el sermón que, traducido al inglés, circularía ampliamente de Baltimore a New York. Sin duda la pieza le serviría en 1813 cuando, como diputado canario en las Cortes de Cádiz, hiciera Ruiz de Padrón su encendido y fundamentado alegato a favor de abolir la detestable institución inquisitorial.

El barrio marinero de Triana

Durante siglos fueron los marineros y los comerciantes los principales pobladores del barrio de Triana, alrededor de la ermita de San Telmo. Eran unas pocas calles bulliciosas y llenas de vida comparadas con la conventual Vegueta de los clérigos, los jueces y los señores.

La Cofradía de Mareantes de San Telmo, fundada en el siglo XVI y con sede en la ermita construída a sus expensas, fue un referente de la ciudad por su gran poder financiero y capacidad de redistribución de rentas. Administraba la Cofradía fondos aportados por los propios cofrades y obtenidos de otras fuentes con los

que atendía a las viudas, daba estudios y medios de iniciarse en el oficio a los huérfanos, financiaba a los patronos en dificultades, etcétera. No regateó ayudas a la ciudad en momentos de tribulación por escaseces o epidemias. La Cofradía inició su decadencia a principios del siglo XIX: los agentes del favorito José Godoy, siempre necesitado de dinero, arramblaron por la caja y se la llevaron a Madrid sin que volviera a saberse de ella.

Es difícil imaginar hoy el mar batiendo los pies de la ermita de San Telmo que dejaba del lado norte, hacia la actual calle de Bravo Murillo, por la que pasaba la muralla de la ciudad, la caleta que ahora ocupa el Parque. No es menos difícil imaginar las tongas de tablones de las carpinterías de rivera en el solar que acabaría ocupando el Gobierno Militar. Pero lo cierto es que en la caleta de San Telmo hubo actividad de construcción naval para la pesca de litoral, para la africana y para el tráfico general con España, Europa y América. Entre 1824 y 1846 se construyeron en Las Palmas 216 buques entre bergantines, goletas, barcos de remo y otros. Todo hace suponer que la mayoría salieron de los astilleros de San Telmo.

Los mareantes del Puerto de la Cruz

Si en Las Palmas de Gran Canaria la Cofradía de Mareantes de San Telmo era un referente, también se mostró activo el Gremio de Mareantes del Puerto de la Cruz (Tenerife). En 1804, al plantearse el Puerto sepa-

rarse de La Orotava, se solicitó la creación de una escuela para los vástagos de los marineros.

La actividad principal era la exportación de los ricos caldos tinerfeños a los puertos ingleses. Todos los años, los barcos de don Matías Domínguez llevaban a Inglaterra de 5.000 a 6.000 pipas y regresaban cargados de muchos artículos “de primera necesidad, de conveniencia y de placer”, según rezaba el memorial de la reivindicación portuense para exaltar la importancia del gremio en la vida económica de la isla.

Había ya, desde años antes, una escuela de Primeras Letras a la que sólo podían asistir los retoños de familias pudientes. Los de los marineros quedaban condenados a tan gran ignorancia que no podían siquiera instruirse en la doctrina cristiana “por cuya razón”, asegura el memorial solicitando la escuela, “presentándose al Venerable Párroco para casarse, no se les puede administrar este Sacramento por su extrema y crasa ignorancia, de donde se originan pecados públicos y escándalos” ya que el verse sin bendición no debía arredrar a las parejas, que se amachinaban con grande escándalo de las buenas gentes que llevaban a los marineros la ventaja de saberse de carretilla el Padre Nuestro. Por tan piadoso motivo la escuela se instaló, al fin, en el barrio de La Ranilla.

San Borondón

San Borondón es la versión isleña de San Brandán, protagonista de una leyenda medieval bien extendida

por los rincones del Atlántico norte y sur, por las islas británicas y el occidente africano. También saltó a América y en el estuario del Plata hay una bahía llamada Samborombón” que añade al ya de por sí sonoro nombre isleño cierto refuerzo.

El Brandán origen de la leyenda fue un monje irlandés del siglo VI, abad de Conflert, en el condado de Galway. Debía aburrirle el monasterio porque lo suyo eran las navegaciones evangelizadoras a bordo de una barca de cuero —curragh— con la que, al decir de los entusiastas, alcanzó América antes que los vikingos.

En cierta ocasión desembarcó Brandán con sus compañeros en una isla desconocida. Se apresuró, como corresponde en estos casos, a decir misa bajo la arboleada donde, además, hicieron fuego para calentarse y comer. De pronto, la isla comenzó a moverse porque lo que creyeron tierra firme era, en realidad, una gigantesca ballena tan parasitada de vegetación y aves que no se advertía su condición. Los frailes, siempre dados a bautizae, la llamaron Jascomius y desde entonces está que aparece y desaparece ante generaciones de canarios.

La cartografía no tuvo empacho en registrar San Borondón y el mapamundi de Hereford la coloca dentro de un archipiélago del Mar Exterior, cercano a las Columnas de Hércules, designado con el epígrafe *Fortunate Insulee sex sunt insul'Brandani*.

El cambio de San Brandán a San Borondón, con el debido respeto a los lingüistas, viene a ser reflejo de la tendencia isleña a entender las cosas según les cuadre y el deseo de establecer distancias ya que, a diferencia de

San Brandán, San Borondón existe, muchos la han visto y en 1958 fue, incluso, fotografiada desde la costa occidental de La Palma. Hasta el XVIII se registran expediciones en su búsqueda que no la encontraron porque no en vano Plinio la llamó “Aprositus”, la que no se puede alcanzar.

Capítulo 2

Del mar de Canarias y de las Indias.



Las odiseas (*La emigración clandestina a América*)

En las décadas de 1940 y 1950 la gente observaba que cada mañana había menos mástiles y jarcias en el Muelle de Santa Catalina de Las Palmas de Gran Canaria. Veleros de la flota pesquera despachados para el banco canario-sahariano o cualquier otra isla cogían de tapadillo el camino de América cargados de emigrantes clandestinos por razones económicas o políticas. Un secreto a voces sometido a la ley del silencio. De 1946 a 1956 entre 90 y 100 veleros evadieron a unos 8.000 isleños. Barcos para 40 ó 50 personas llevaban hasta 200 y 300. Y no todas lograron llegar pues desaparecieron buques y no faltaron asesinatos. Tampoco repatriaciones, que la reacción de los países en que recalaban era una de las incertidumbres del viaje. Algunos murieron por enfermedad y otros se volvieron locos y se tiraron al agua. Mujeres hubo que acabaron víctimas de la trata de blancas. Las circunstancias de represión y hambre dieron la oportunidad a mafias de traficantes de hacer dinero de la miseria. En el mejor de los casos, meses después de la desaparición, de la noche a la mañana, de familias enteras, llegaban a las islas noticias de su arribo a Venezuela o a otros países, tras pasar las penalidades de la travesía en barquichuelos con riesgo de la vida. Las autoridades españolas daban difícilmente visados de salida y los negaban a quienes tuvieran antecedentes políticos. En ocasiones se frustró la huida al sorprenderse a los emigrantes en alguna playa, lo que

ocurrió cerca del cementerio viejo de Las Palmas de Gran Canaria con los que aguardaban escondidos a la goleta sueca “Ghota”. Hubo casos, como el de la goleta “Mariucha”, que estaba a punto de hundirse cuando la encontró la fragata “Amaranta”, de la Armada de guerra venezolana, que llevó a los emigrantes medio muertos hasta Cayena; o el “Arroyo”, que se hizo a la mar llevándose para América, desde el puerto de Santa Cruz de Tenerife, a los dos guardias civiles que subieron a bordo de inspección rutinaria y fueron desarmados. O el pailebot “Telémaco”, milagrosamente arribado a La Guaira el 17 de noviembre de 1950 con 200 gomeros, y del que corrió una copla significativa respecto al piloto:

“El piloto no tenía,
ya que tanto fue su empeño
del terreno más pequeño
datos de geografía”.

Era frecuente la presencia de viejos veleros frente a Tzacorte, Fuencaliente, Valleganrey, Agulo, Hermigua... A veces la Guardia Civil frustraba los embarques.

Los paralelismos canario–americanos

Canarias fue el ensayo general de América. Los paralelismos canario–americanos van desde los sistemas de financiación de las expediciones, de organización administrativa, de tratamiento a los indígenas, etcétera, hasta la existencia en las islas de adivinos como el herreño Yone que anunciara a los bimbachos la llegada por mar en casas blancas de su dios Eraoranza,

a quien no debían combatir y sí adorar. América reprodujo, a escala gigantesca, el drama canario de los años previos y posteriores al descubrimiento. Eran tan parte de lo mismo que los libertadores americanos diferenciaron a los canarios del resto de los españoles, caso de Simón Bolívar, por quien corría sangre isleña, por cierto. En verdad, para los libertadores la independencia de Canarias culminaría las americanas: el péndulo que fue hacia el Oeste y desplegó a su paso el imperio colonial español, debía de pasar de vuelta sobre Canarias, las “primeras Antillas” de los primitivos cronistas de Indias que consideraban al propio tiempo a las Antillas “unas Canarias por ganar”. Por eso la perspectiva americana –no la africana, que tiene mucho de ficticia– fue la que alentó los brotes de independentismo. Sería el caso de Secundino Delgado, a fines del siglo XIX, o el del movimiento que animaron en Venezuela los emigrantes canarios en los años 60 de este siglo. Precedentes no faltan. Un motín antiseñorial, en 1672, dio la idea a los gomeros de anexionarse a Gran Bretaña que acababa de tomar La Habana. A raíz de la Constitución federal de 1873, el capitán general de Canarias detectó una conspiración interesada en lograr la incorporación a Inglaterra y algo parecido ocurrió en 1822 en que hubo un intento de anexión nada menos que a Venezuela.

Entre los acontecimientos históricos claramente vinculados a los movimientos secesionistas americanos figura la conspiración que en 1810, en Las Palmas de Gran Canaria, quiso derrocar a las autoridades y esta-

blecer un gobierno autónomo de tendencia separatista. Encabezó la conjura el que fuera alcalde de la ciudad, Bayle Obregón, y de ella participó, entre otros, Pedro Gordillo, diputado en las Cortes de Cádiz.

La Corona española tenía la misma concepción. También consideraban a Canarias unas primeras Antillas. Si los Reyes Católicos pensaron en ellas como pieza de su política africana, a medida que se desplegaban las posibilidades de América las asignaron a esta empresa. Fueron el primer enclave hacia el Oeste del imperio español, lugar de paso obligado antes de atravesar el Atlántico, almacén de productos y de hombres que enviar a colonizar y estación de aclimatación de vegetales y animales. De “dominio español” las calificó significativamente, en 1852, el ministro Bravo Murillo, el que decretara los puertos francos canarios para permitirle al archipiélago aprovechar su situación geográfica atlántica. Y tampoco es casual que en las Cortes de Cádiz canarios y americanos tuvieran representación parlamentaria: nunca la alcanzaron en las anteriores Cortes estamentales porque eran dominios.

En las islas, por otro lado, arraigaron corrientes políticas e intelectuales que en la Península tropezaron con mayores dificultades. Desde la Ilustración al movimiento surrealista. La masonería bulló en los puertos relacionada con la Marina mercante, al igual que en las Antillas, y el afrancesamiento de las autoridades de Gran Canaria durante los acontecimientos de principios del siglo XIX constituye, asimismo, evidencias a considerar.

Canarios en América

Los emigrantes canarios, claro está, sufrían el desgarró de la separación. No es lícito hacer una épica de la emigración secular que refleja injusticias no menos seculares. Pero es indudable que sin esa emigración la identidad primigenia, que todos daban por sentada durante los primeros compases de la expansión colonial, se hubiera diluído con el tiempo. Y no fue así. Los emigrantes se integraban fácilmente allá, pues, en realidad, no les resultaba extraño el mundo americano percibido como extensión del isleño al otro lado del charco. Se sabían parte del mismo proceso histórico.

En el siglo XVI tanto en Canarias como en América se conformaba una nueva sociedad sobre las cenizas de la aborígen. El proceso fue mucho más rápido y radical en el archipiélago por razones de la menor dimensión poblacional y de ámbito geográfico. Entre la segunda mitad del siglo XIV y el 1500 la población aborígen canaria se redujo en un 95 por ciento y, al igual que en América, no fueron tanto las guerras ni las esclavizaciones sino enfermedades nuevas, como la peste, las que la diezmaron.

A esta destrucción poblacional se añaden transformaciones irreversibles del medio ambiente que hicieron inoperante el sistema tribal anterior, machacado, además, por el nuevo modo de producción y la imposición forzada de una organización familiar y social y de una religión distintas. La experiencia canaria estaba viva entre los primeros que marcharon a América.

El listado de los isleños que se mueven con soltura en las dos orillas es extenso. En el XVIII, Francisco María de León y los vegueros sientan los antecedentes de los respectivos procesos de liberación de Venezuela y Cuba. Y lo hicieron estimulados por la realidad inmediata en que vivían. León llegó a plantarse con 3.000 hombres a las puertas de Caracas y los vegueros protagonizaron en Cuba fuertes motines. En su ánimo no había rebelión contra España sino reacción criolla contra el monopolio abusivo de la Compañía Guipuzcoana de Caracas y contra el ruinoso estanco del tabaco cubano. Representaron, no obstante, la primera expresión de intereses criollos diferenciados de los de la metrópoli y sólo era cuestión de tiempo el surgimiento de los sentimientos nacionales que desembocarían en las independencias. Entonces, muchos canarios se pusieron del lado de los insurgentes con tanta naturalidad que ni los peninsulares los consideraban traidores ni ellos se tenían por tales: pertenecían a aquel mundo. Canarias le dio no menos de cinco generales al ejército mambí de 1898. Se sentían tan identificados con Cuba como con Canarias y no se planteaban la españolidad siquiera para denigrarla: simplemente luchaban por su patria, por su mundo.

Cuestión de identidad

La contigüidad geográfica africana, la pertenencia a España y la estrecha comunión con América son, desde luego, un tópico sin dejar de ser una realidad dada tan

por supuesta que ni se profundiza en ella. Así ocurre, ya se ha dicho, que el canario no es de ningún lado sino un poco de cada sitio y que esa es la clave de su identidad por cuanto pone de manifiesto el atlantismo del archipiélago valorado durante mucho tiempo como mero incidente de ubicación geográfica. De ahí que desde la Península, al contemplar Canarias con ojos de allá, se aprecie una ambigüedad a la que el isleño responde con su indefinición porque intuye que es diferente, que los esfuerzos integradores del centralismo —que son de este siglo XX— chocan con su real dimensión atlántica en la que se mueve aunque no la asuma intelectualmente. Es frecuente que escritores españoles desprecien a Galdós como un tipo raro. El catalán José Prat lo consideraba poco menos que bobo porque respondía a preguntas concretas con evasivas muy familiares a quienes conocen el temperamento isleño poco dado a comprometerse y mucho a las respuestas relativas que luego le permitan hacer lo que más tarde le convenga, llegado el momento. Francisco Umbral criticó a Galdós su apariencia indiana con claro desconocimiento de Canarias y de que Galdós era precisamente eso, un indiano que fue capaz de novelar el XIX español. Cuando en 1901 los canarios de todas las ideologías—incluso separatistas, como Nicolás Estévez— instan a don Benito a aprovechar su banquete de cumpleaños, con que le homenajeó la colonia isleña en Madrid, para leer el discurso que hoy conocemos como “La fe nacional”, tampoco abandona cierta ambigüedad, a pesar de que las circunstancias políticas eran muy concretas: en 1898 las islas

estuvieron a punto de ser invadidas por los norteamericanos que desistieron del proyecto por las garantías inglesas –que tenían importantes intereses en Canarias– de que no ayudarían a España en Cuba. Los americanos, sin embargo, siguieron con sus pretensiones que en 1901 acariciaban también los ingleses, casi por delegación de su ex colonia americana. El discurso de Galdós, respaldado hasta por los independentistas canarios, optaba por España, es decir, trataba de decirle al Gobierno de España que preferían depender de ella pero sin ignorar, rechazar, ni siquiera inquietar la fortísima presencia económica británica en el archipiélago y su importante colonia que tanto contribuyera a la modernidad isleña. De nuevo, en fin, la indefinición determinada por la misma condición atlántica.

Capítulo 3

De los mares de tierra adentro.

Los pastores

Alrededor del pastoreo pervivieron rasgos de la sociedad prehispánica. Los pastores guanches de Tenerife eran muy apreciados por sus habilidades, pero también objeto de sospechas debido a las ayudas que prestaban a sus hermanos de raza que permanecían alzados, es decir, no sometidos a los castellanos y ocultos en los montes, concentrados en los lugares más inaccesibles de la isla hasta llegar a constituir un peligro cuando aumentaban demasiado en número. Había pastores aborígenes libres, sujetos a salarios y que pertenecían a los llamados “bandos de paces”, es decir, a los grupos que colaboraron con los conquistadores, y los había también esclavos, los de los “bandos de guerra”, que sólo tenían derecho a alimentación: “Que al menos cebada non les falte”, dice un documento en alusión al gofio que en los primeros años de la colonización entró a formar parte de la dieta de los conquistadores. Los pastores esclavos eran traspasados, cedidos o vendidos con los rebaños como si fueran cabezas de ganado.

El problema guanche, el que representaban los alzados, mantuvo en vilo a la sociedad conquistadora muchos años después de concluída la guerra. Es en Tenerife donde está mejor documentada por conservarse las actas del Cabildo castellano que reflejan la inquietud que les producía la complicidad con los alzados de los pastores, tan estrecha que algunos documentos aluden a la existencia de una especie de ley del silencio que no podían los castellanos quebrar ni mediante el tor-



mento. Llegó a pensarse expulsar a todos los aborígenes de la isla y producía gran alarma el hallazgo de sepulturas recientes a la usanza indígena por lo que promovieron la actividad de los guancheros, a los que abonaban una cantidad por cabeza de alzado muerto.

Las actas del Cabildo de Gran Canaria desaparecieron pero hay indicios de que el problema fue el mismo. A Fernando Guanarteme, por ejemplo, se le permitió, por razones de rango, mantener para su servicio una corte de cincuenta indígenas que fueron aumentando en número y despertaron las suspicacias de los conquistadores, que desconfiaron siempre del último rey aborígen grancanario. No olvidaban que su colaboración con ellos, que le llevó a participar incluso en la conquista de Tenerife, se debió al deseo de impedir que el enfrentamiento suicida a las superiores armas castellanas acabara por eliminar totalmente a su pueblo. La desconfianza llegó al extremo de que, según determinadas tradiciones, Fernando Guanarteme murió envenenado por los castellanos.

Reivindicación del camello

Los camellos, traídos de África seguramente por Diego García de Herrera en el siglo XV, suelen ser olvidados en el censo de animales útiles a pesar de los grandes servicios que prestaran a los agricultores de Lanzarote y Fuerteventura y de las partes bajas de Tenerife y Gran Canaria. Son escasas las noticias de su presencia en La Palma, La Gomera y El Hierro. Y no son

propriadamente camellos, sino dromedarios.

Viera y Clavijo dijo que “el camello es extremadamente frugal y sobrio. Susténtase con los pastos más despreciables de los campos y bebe de una vez para varios días. Es a propósito para nuestros arenales y terrenos pedregosos. Camina muchas millas sin fatigarse y viene a ser como un carruaje viviente para transportar grandes cargas, pues lo menos que puede soportar son seiscientas libras y algunos más de mil”.

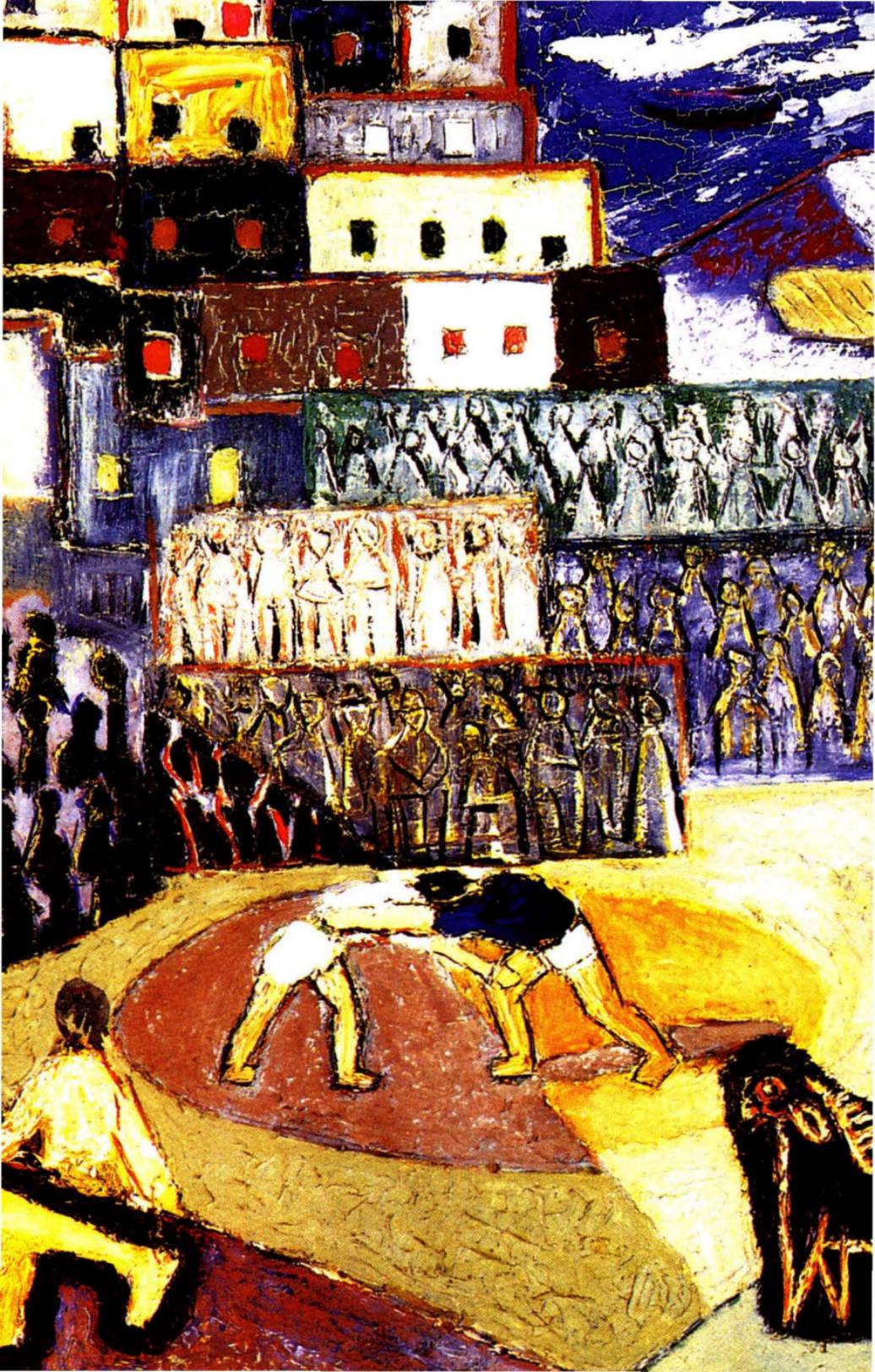
Los camellos dejaron profunda huella en la cultura popular canaria. Mucho se dice, sin ir más lejos, de la memoria del camello. Cuentan de uno en Lanzarote que fuera de chiquito muy maltratado y que años después, ya adulto, fue capaz de reconocer a quien le hizo daño y a por él se fue mientras dormía la siesta del mediodía en un cobertizo, entre una veintena de compañero de vendimia.

El camello está presente en numerosos cantares, que así se llaman a ciertas coplillas de cuatro versos:

Si vas a Fuerteventura,
desembarca por Jandía:
no te montes en camello
que hasta allí llega el tranvía

Cuando nació Victoriano
los camellos se reían
y uno al otro se decían:
¡Ya tenemos otro hermano!

Los camellos sirven también para los “aberruntos” o barruntos de lluvia: si al amanecer tienen el pelo húmedo, buena señal; si seco es porque no lloverá. El camello –llamado “guelfo” hasta que deja de mamar y “majalulo” desde que deja de mamar hasta que está en condiciones de procrear– tiene presencia en la brujería: en el siglo XVI, en Betancuria, se detectó la creencia de que un corazón de camello clavado en los pies de la cama despertaba el amor. Lo mismo podían hacer en Lanzarote los dientes de camello molidos y dados a comer. También su estiércol se utilizaba en prácticas hechiceriles por influencia morisca, seguramente.



Capítulo 4

Mares de fiesta.

El sentido de las celebraciones

La toma del pasado de un rito o un hecho para erigirlo en una especie de símbolo integrador de una forma de sentir o de autoafirmarse se produce en las dos ramas agaetenses, la de Las Nieves y la de San Pedro. Destacan éstas por su carácter físico, sensorial, de comunión multitudinaria y estruendosa pero algo parecido ocurre en otras fiestas más regladas, por decirlo así. La nueva sociedad canaria de finales del siglo XX va perdiendo sus referencias campesinas y ganaderas pero no por ello abandona el uso de los símbolos y de los objetos agrarios, de los útiles de labranza y de las vestimentas; o el consumo de los productos genuinos del campo elevados al más alto rango de la gula y de la golosinería popular y el gusto exaltado por las artesanías isleñas. Estas son las romerías pero junto a ellas fluyen fiestas, como la Rama de Agaete, capaces de incorporar los sentimientos y el estado de opinión del momento en que se producen y convertirse en forma de expresión terminante y meridiana, en autoafirmación explícita.

Fiesta de no menor tradición, regocijo y antigüedad es la del Charco, en la Aldea de San Nicolás. Se celebra en los primeros días de septiembre y su plato fuerte es la pesca en el Charco que le da nombre. El Charco lo forma el barranco de la Aldea al desembocar en el mar: la fuerza de la barranquera llega a un punto de equilibrio con el oleaje que acaba cerrando la desembocadura con una pared de distintos materiales tras la que queda

aprisionada una porción de agua -el Charco- en el que continúan viviendo y reproduciéndose los peces. Durante el año está prohibido capturarlos pero el día de la fiesta el pueblo entero se zambulle dentro a pescar con las manos o con lo que sea, menos con redes. Y lo hacen vestidos porque un obispo decimonónico, razonablemente escandalizado de que hombres y mujeres se metieran en el Charco medio desnudos, quiso prohibir el rito y sólo cedió ante el compromiso de que, en adelante, lo harían con la ropa puesta. Es peligroso, para quien no quiera acabar en el agua, merodear por el lugar pues hay una raya blanca que, de ser traspasada, autoriza al lanzamiento sin contemplaciones entre las risas de la gente. Hay “agitadores” que se colocan detrás del círculo de los que miran y van empujando poco a poco hasta que los primeros de la fila traspasan la fatídica raya blanca para caer en manos de quienes acechan para agarrarlo y tirarlo al charco.

Como ocurre en el caso de La Rama agaetense, mucho se ha discutido sobre el origen de la fiesta. Sin embargo, es evidente que el Charco encaja con el sentido profundo de las fiestas isleñas: sensoriales, físicas y especialmente lúdicas.

La vela latina

Y de la tierra al mar. Y en el mar la porfía deportiva y los alardes de fuerza o de habilidad en la Vela Latina practicada en el litoral de Las Palmas de Gran Canaria y en Lanzarote. La peculiaridad de los botes de Vela

Latina radica en que sin tripulación se van a pique porque las dimensiones de la vela son desproporcionadas en relación a las del casco: la vela mide de 12,50 a 13 metros y la soporta un palo de entre 9,50 y 10,50 metros, mientras que el casco tiene como medidas máximas 6,55 metros de eslora, 2,37 de manga y 1,45 de puntal. Llevan los botes un lastre fijo de plomo, ajustado de alante atrás sobre la quilla y un lastre móvil de sacos de arena, que es el que mueve la tripulación según convenga para hacer el juego de contrapesos y movimientos de la vela que permitan aprovechar mejor los vientos tanto para coger velocidad como para evitar que el bote se vaya al patio de los cangrejos.

Las peleas de gallos

Las riñas de gallos las trajeron los españoles y el isleño se aficionó pronto a ellas. Hoy se practica en círculos restringidos y no en todas las islas. Las costumbres actuales, que condenan el maltrato de los animales, ven con malos ojos las peleas de gallos que llegaron a ser objeto de una interpelación parlamentaria para que se prohibieran. El Parlamento tuvo un detalle de humor al no condenarlas ofreciendo, a cambio, la terminante prohibición de las corridas de toros, que en Canarias no se celebran aunque llegaran a tener, hace años, una cierta presencia en Santa Cruz de Tenerife.

Los galleros no están, sin embargo, dispuestos a que su afición se compare a los toros. Consideran que mientras los gallos han nacido para matarse, que son incapaces

ces de convivir con un congénere, hasta el punto de que sólo pueden estar con la madre mientras tengan meses, los toros son criados para llevarlos a la plaza y acribillarlos, que no es lo mismo. Un gallo, libre en el campo, cuando escucha el canto de otro gallo, lo va a buscar esté donde esté y la pelea espontánea resulta inevitable: es una ley biológica la que los lleva a enfrentarse. Charles Darwin apoya a los galleros al afirmar que “los gallos de pelea están prestos a pelear siempre que se encuentren”, mientras que los toros de lidia conviven en manada y hay que apretarlos para que se midan con el hombre.

Fuerteventura fue, al parecer, la isla en que comenzaron las riñas de gallos. Concretamente, en la Casa de los Coroneles, de La Oliva, se celebraron las primeras. Uno de los coroneles logró, a base de cruces y perfeccionamientos, una raza de gallos famosos por su fiereza y combatividad a las que, durante algún tiempo, se tuvo por ello como especie distinta a las conocidas en la Península. Tresguerras describió así el escenario y el ambiente de una gallera: *Una habitación lujosamente alhajada; en forma de círculo descansaba en el pavimento una especie de taza de madera de dos metros de diámetro, con sus caras internas forradas de rica tela roja; la rodeaban series de sillas en círculo concéntricos. Ocupaba estos asientos lo más linajudo de la nobleza feudal; siervos de los grandes amos soltaban en aquel anillo los gallos combatientes; acometíanse éstos con salvaje fiereza; a cada acometida surgían mil exclamaciones de entusiasmo y*

traducíanse en mutuas apuestas”.

Las apuestas siempre presentes en los gustos isleños.

Juegos deportivos tradicionales

En Canarias hay otros juegos, poco conocidos algunos, reducidos otros a ámbitos muy concretos. La **corrida de las tablas** se celebra todos los años el 30 de noviembre, día de San Andrés, y su víspera, en Icod de los Vinos. Básicamente, el juego consiste en montar sobre una tabla expresamente preparada y deslizarse cuesta abajo, a considerable velocidad, por las empinadas calles de la villa. Lo hacen indistintamente hombres y mujeres, jóvenes por lo general, bien sea individualmente, bien en grupo, sobre grandes tablas, si bien los chiquillos lo hacen cada vez que se les ocurre y tienen lugar. Hay, por tanto, *tablas*, que son las individuales y *tablones*, en los que caben 6-8 personas, aunque los haya con capacidad para 10-12. Son de tea negra, tea blanca, pinsapo y otras maderas más corrientes. Las mejores son las de tea negra. Cada persona confecciona su tabla y por más que pueda parecerlo no son todas iguales pues varían las técnicas orientadas al deslizamiento más rápido.

Con el paso del tiempo todo ha cambiado. Antes el deslizamiento se hacía sobre empedrados pocos regulares lo que llevaba a establecer un dispositivo -un trozo de madera que hacía como de timón o de remo- a fin de evitar los obstáculos, cosa que conseguían con increíble pericia. Hoy, el asfalto y el recursos a traviesas metáli-

cas permiten un frenado mejor y el efecto espectacular de las chispas provocadas por el rozamiento.

La **billarda** es el nombre común a tres juegos diferentes practicados en Tenerife, Fuerteventura, Gran Canaria y La Gomera. La billarda es una pieza de madera que se lanza entre jugadores golpeándola al vuelo con un palo. Cada jugador se coloca en un punto haciendo a su alrededor un círculo de ciertas dimensiones. Al que le toque la billarda por sorteo elegirá un jugador al que lanzársela quien habrá de evitar, golpeándola con su palo, que caiga dentro de su círculo porque si lo hace le tocará a él lanzar la billarda, que no es un papel apetecible en el juego. Quien está en posesión de la billarda habrá de ir a recogerla allí donde la haya lanzado el golpeador y tratar de introducirla en el terreno de otro jugador. El golpeador de la billarda tiene tres oportunidades para atizarla y si no lo logra se convertirá en poseedor de ella. Pero si logra golpearla, mientras el poseedor va a buscarla, él puede bien proteger su terreno o bien ir a agrandar el del poseedor. El juego acaba cuando alguno de los jugadores tenga un territorio tan extenso que no pueda evitar ya que le caiga dentro la billarda.



Capítulo 5

Mares de fuego

Los voladores

El uso festivo de cohetes o voladores parece costumbre introducida en Canarias por los moriscos. No había parto de vaca sin su buena ristra de voladores. En Las Palmas de Gran Canaria llegaron a ser utilizados para la protesta política. Como ocurriera en 1834 en que las autoridades canarias, simpatizantes del carlismo, se sintieron desafiados por el estampido en el cielo de voladores lanzados por manos anónimas de partidarios de Isabel II: el pueblo, guasón y provocativo, celebraba así los rumores llegados de la Península acerca de los fracasos del pretendiente carlista. Por eso cuando, sin venir a cuento, oían las autoridades estallar voladores se encoherizaban y llegaron al punto de prohibir su uso y de poner en la calle patrullas con órdenes de detener a cuantos sorprendieran con las manos en la masa. Pero la gente, en cuanto se acercaban los soldados, huía largando las ristras de voladores por las esquinas con yescas encendidas para que estallaran.

Las autoridades militares -el general Morales y su yerno, Ruperto Delgado- acuartelaron las tropas en son de amenaza pero la aparatosa medida, lejos de intimidar a la población, hizo que no hubiera huerta, patio o azotea de la ciudad de la que no salieran jubilosos, a cualquier hora, los voladores que estallaban con burla.

Cuentos de brujas majoreros

Hay, entre los cuentos de brujas majoreros, uno

relacionado con Tindaya. Dicen que, en cierta ocasión, apareció, en la cumbre de la Montaña de Tindaya, un camello y como el animal no pudo llegar sólo hasta arriba se atribuyó a las brujas haberlo puesto allí. Domingo Báez deduce de este cuento que bien puede obedecer a la prohibición aborigen de subir a lo alto de la montaña sagrada que se respetó, curiosamente, hasta no hace mucho, a pesar de que la cima de la montaña es perfectamente accesible a personas y a animales. La prohibición, pues, pudiera tener origen prehispánico y mantenerse la tradición que encontró, entre otras, expresiones como la del camello subido en lo alto. Aunque el camello lo introdujeran los castellanos a mediados del XV, bien pudo servir para reiterar la interdicción. Y los primeros que subieron, no hace tanto, lo hicieron contraviniendo la prohibición y no respetando tampoco los petroglifos y las vasijas que había allá arriba. Qué pretendían preservar los aborígenes de Fuerteventura vedando el acceso a lo alto de Tindaya es lo que está por ver.

Tindaya aparece en otros cuentos. Como el de los dos muchachos que iban de Tefía a Tindaya andando porque no tenían burro. De repente tropezaron con dos hermosas burras pardas y las montaron hasta llegar al pie de la montaña donde descubrieron que estaban sentados sobre un montón de piedras mientras oían las risas de las brujas allá en lo alto. En realidad, la mágica Tindaya fue siempre lugar frecuentado por las brujas.

Brujería prehispánica

Aunque hay algún indicio indicativo de que los aborígenes canarios practicaran alguna forma de brujería, el hecho es que no existe constancia y que en los procesos conocidos de la Inquisición por estas prácticas no aparecen aborígenes ni descendientes de aborígenes. Aunque Domingo Báez vea en el camello que las brujas llevan a la cima de la montaña de Tindaya un posible rastro, también podría pensarse que el carácter sagrado del lugar se relaciona más con la divinidad, que tendría allí su residencia, que con la brujería. De todos modos, puede argumentarse la posibilidad de una brujería prehispánica, para el caso de Fuerteventura, si aceptamos que estas prácticas son propias de sociedades matriarcales y que, según Torriani, en la isla mandaban dos mujeres -Tibiabín y Tamonante- que tenían una enorme influencia sobre la población indígena y que fueron las que propiciaron la conversión al cristianismo y el acatamiento de los majoreros a los conquistadores normandos.

Se trata de noticias a aceptar con las debidas cautelas frente a los indicios mejor contrastados de que las prácticas bruñeriles fueron importadas después de la conquista.

Los volcanes

Para fuegos los volcanes. Entre 1341 y 1971 se tienen noticias de veinte erupciones volcánicas: nueve en Te-

nerife, ocho en La Palma, dos en Lanzarote y una submarina, frente al Golfo, en El Hierro. La de 1341, la primera conocida, fue en Tenerife, si bien se ignora en qué lugar de la isla. La última fue la del Teneguía, en La Palma, en 1971. Las fuentes son diversas. Hay noticias de varias dadas por navegantes y no faltan las atestigüadas por los propios aborígenes. Cristóbal Colón fue testigo de excepción de la que hubo en el Pico Viejo, Tenerife, en 1492. La de Timanfaya, en Lanzarote, que duró seis años -de 1730 a 1736- quizá fuera la que mostró mayor capacidad de transformación del que era hasta ese momento el paisaje conejero. El siglo XVIII registró el mayor número de erupciones. Una de ellas destruyó el boyante puerto de Garachico. En el XX se han producido tres: la de Chinyero (Tenerife 1909), la de San Juan (La Palma, 1949) y la ya mencionada del Teneguía.

Fuego criminales

No faltan, tampoco, fuegos criminales. El 29 de marzo de 1842 un incendio destruyó las Casas Consistoriales de la Plaza de Santa Ana, en Las Palmas de Gran Canaria. Con el fuego desapareció el valiosísimo Archivo de la isla. Desde el primer momento se sospechó que el siniestro había sido provocado señalándose con el dedo al secretario municipal Carlos Grandy, al escribiente primero de la secretaría, Luis Ossavarry y al portero Luis González. Apenas hubo tiempo de sacar de los bajos a los presos de la Cárcel Real y tomar medidas

que impidieran su propagación a los edificios de las inmediaciones.

El alcalde primero, Bartolomé González Torres, pensaba que el incendio tenía que ver con la caja de caudales de la Secretaría donde, calculaba, debía haber entre 35.000 y 40.000 reales destinados al pago de la contribución extraordinaria. El alcalde ordenó a un piquete de la Milicia Nacional que la localizara. Una vez en posesión de la caja, que permanecía cerrada y al parecer intacta, procedieron a abrirla encontrándose apenas 233 pesos, 10 reales y 4 maravedíes... y un agujero practicado en el fondo por el que, sin lugar a dudas, se había extraído buen dinero.

El secretario Grandy, que pretextó un ataque de asma para no asistir a la apertura de la caja, fue expedientado por incendio y robo, mas no hubo manera de relevarlo del cargo pues, al ser oriundo de Tenerife, se encontró con la protección firme de las autoridades provinciales.

El actual edificio fue construido sobre las ruinas del anterior mediante suscripción pública.

Índice

Capítulo 1. Del mar de Canarias y de África	9
Capítulo 2. Del mar de Canarias de las Indias	25
Capítulo 3. De los mares de tierra adentro	35
Capítulo 4. Mares de fiesta	43
Capítulo 5. Mares de fuego	53

Fotos

Portulano de Angelino Dulcert (1339)	10
Muelle Santa Catalina de Las Palmas de Gran Canaria a principios de siglo	26
Fragmento del cuadro de José Aguilar	38
La Luchada de Antonio Padrón	42
Erupción del Teneguía (1971)	51

En la conformación del pueblo canario ha tenido papel preponderante el Océano Atlántico.

Las islas no pueden entenderse sin ese mar que las separa y al propio tiempo las une con Europa, con la vecina África y la aún más cercana América.

El mar, la ubicación geográfica, las idas y venidas sobre las olas atlánticas y el ensimismamiento propio del isleño definen una identidad de la que no se es siempre consciente.



CANARIAS
Identidad Atlántica

ES UNA PRODUCCION DE:

IMACO 89
IMACO 89